

peticiones de la escena final de "Casablanca". Sí, vuelvo a mi afirmación: hay que ver Nueva York, hay que ver "Manhattan", pero también hay que escucharlas, porque suenan con música de Gershwin y la música de Gershwin es mucho más que música, es... no sé, es una defensa contra todas esas cosas tan feas que pasan. ■ JOSE RAMON RUBIO.

MUSICA

De nuevo, Lou Reed

Se abre la temporada de rock en Madrid, tras el incomprendible paréntesis del verano. Y hemos tenido la suerte de que, este año, la abra Lou Reed, personaje de talla inconmensurable —me refiero a la talla artística, no a que haya engordado, aunque también—, y que nos proporcionó dos horas justas —de diez y media a doce y media— de buen espectáculo rockero.

Los fallos fueron los de siempre, hubo que pasar por las humillaciones de siempre: pasar un estricto control policíaco, materialmente bajo las porras de la Policía, que formaba cordón ante la entrada del Polideportivo del Real Madrid, con la entrada en la boca, y hacinarse luego en algo que se parece más a un campo de concentración que a un lugar de diversión, con un calor difícil de soportar, sentados en el suelo o en gradas de cemento que parecen suelo, sudorosos y resollantes. Hacer cola para todo, para ir al bar —carísimo— o al servicio. Me pregunto si Bach tendría muchos amantes, caso de que fueran tan mal tratados y despreciados. Desprecio al público de rock que suele comenzar por los mismos cantantes, seguir por los promotores y hacerse extensivo al resto de la gente. Y es que tener amor por el rock en este país es una verdadera cruz, algo muy difícil de soportar.

Lou Reed empezó, cosa curiosa, con una absoluta puntualidad, a la hora indicada; sin teloneros ni nada, y acompañado por

un grupo bastante soportable. Dio al público madrileño exactamente lo que éste quería: una buena dosis de marcha, con canciones de su antigua época —la de "Rock and Roll Animal", que es el disco que más beneficios y éxito le ha reportado, aunque difiere mucho de lo que él hace habitualmente— para empezar, y luego nuevos temas, tristes y lentos. Les dio también tres canciones de propina, después de hacerse de rogar un rato bastante largo. Entre ellas estaba una



Lou Reed.

nueva versión de "Waiting for My Man", una de sus mejores canciones, que ya cantaba con "Velvet Underground" allá por los años sesenta. Todo ello, acompañado por un juego de luces que a veces conseguía un interesante efecto hipnótico.

Las seis o siete mil personas que llenaban el Polideportivo —tiene un aforo de sólo cinco mil, pero yo calculo que había más— se divirtieron todo lo que quisieron: saltaron, bailaron y jugaron, felices como delfines. Y el artista parecía divertirse también, aunque un extraño sentido de la profesionalidad, poco habitual en él, le obligase a hacer bastantes concesiones a los gustos de su público. Sonó bien, muy bien.

Lou Reed es siempre una sorpresa: ahora parece plétorico de salud, feliz y contento de la vida. Ya no es el "portavoz de una generación suicida", como yo le definí hace unos años con cierta pedertería literaturizante: ahora parece más bien semejante al Fénix renaciendo de sus cenizas. Y es que los tiempos cambian. Y Reed también, continuamente. ■ EDUARDO HARO IBARS.

ARTE

Manuel Ruibal

"El libro de la vida de Manuel Ruibal", titula José de Castro Arines el volumen que dedica al pintor gallego, que expone desde hace dos semanas en la galería Rayuela, de Madrid. Apasionado conversador, Castro Arines, desmascara a su personaje llevándolo por el camino freudiano del diván y del torrente desencadenado por una palabra mágica o por un pausado discurso. Ruibal es un pintor joven, nació en el cuarenta y dos —un mal año para los pobres, dicen—, y como tal hace una pintura joven, fresca, colorista muchas veces, un gestualismo alegre que no coincide con el dramatismo renegrido de algunos de sus contemporáneos. De su conversación, de su prolongada charla con Castro Arines surge un hombre igualmente claro, igualmente directo, que con un lenguaje espontáneo —tan espontáneo como los signos que traza en el papel— describe su vocación, su vida, sus etapas, sus desalientos y la realidad de un contexto tan poco solidario con el arte joven, con el arte que hacen los nuevos pintores gallegos. Aquí, en la capital, en el centro neurálgico de la compra-venta de arte, hay pocos oídos para ese murmullo provincial; sin embargo, el caso del mismo Ruibal rompe con los moldes. Una galería importante de Madrid inau-

gura temporada con él, y respaldado por sus obras desvanece el cerco de espinos. Ruibal ha conseguido una exposición muy coherente, en la que queda marcada su investigación, su trabajo serio, sus usos novedosos y la incorporación de sustancias enriquecedoras, como las curiosas formas conseguidas con la mezcla del huevo y la ténpera, y las superficies matéricas en las que vibra la biología. Picasso, Miró, Millares, el grupo del Paso y, sobre todo, Saura, y entre los gallegos el Laxeiro de sus pinturas mágicas, son los confesados maestros de Ruibal. Los otros hay que buscarlos más allá de nuestras fronteras: Matisse es quizá el más evidente. Sus abstracciones quieren ser realistas, "aunque lo real no aparezca al primer ver, sino que está en la más íntima figura de las cosas". La magia no está ausente de esta concepción del arte, como no lo está de ningún arte verdadero.

Cuando una polémica más exacerbaba los flemáticos espíritus de los intelectuales ingleses sobre el arte y la Naturaleza, esa vieja controversia fue resuelta con inteligencia por Oscar Wilde, quien sugirió que la Naturaleza es la creación del arte. Palabras que nos sirven para verificar el arte realista de Ruibal. Una verdad difícil de captar, pero que está presente en la tradición clásica. Ruskin nos recordó el mejor criterio para juzgar la autenticidad del arte, el sentido de "llegar a la raíz" y de "aprender las cosas por el corazón". ■ MARCOS-RICARDO BARNATAN.

Manuel Ruibal, en su taller.

